EL PRECEPTOR Y SU MUJER,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON LUIS OLONA.

Representada en el Teatro de Variedades la noche del 11 de Octubre de 1850.

TERCERA EDICION.



N.º 115.

SALAMANCA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL HOSPICIO.

1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON LUPERCIO.	SEÑOR GIMENEZ.
DON BENITO.	SEÑOR ALVERÁ. (D. J.)
EDUARDO.	SEÑOR PASTRANA.
MARIA.	SEÑORA RIZO.
CLARA, *cantante*.	SEÑORA LOPEZ.

La accion pasa en los alrededores de Barcelona, año de 1849.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin. A la izquierda un pabellon alto con ventana. Al fondo una verja con una puerta en medio.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO subido en una escalera de mano apoyada en la pared del pabellon.

EDUARD. Desde aqui diviso las ventanas de la habitacion de mi prima. ¿Habrá bajado al jardin para acudir á nuestra cita de costumbre? No. Se me figura verla detras de los cristales... Sí. Bien conozco aquel talle gracioso y hechicero. Le haré una seña con mi pañuelo. (Lo hace). Ya mira! Ya me contesta con el suyo! Oh! placer! (Sigue moviendo su pañuelo).

ESCENA II.

DIEGO.—DON BENITO.

BENITO. (Saliendo y viendo á su sobrino). Calle!
EDUARD. (Sorprendido). Mi tio!
BENITO. Qué es eso? Estás espantando gorriones?
EDUARD. Yo, querido tio?
BENITO. Sí, tú, amado sobrino.
EDUARD. Es que.... contemplaba la fertilidad del jardin.
BENITO. A vista de pájaro?
EDUARD. Pues.
BENITO. Sin duda que la ocurrencia es bien original. Ya adivino lo que significaban sus telégrafos!) Caballerito, tengo que dirigir á usted una alocucion.

EDUARD. A guisa de reprimenda?

BENITO. A guisa de lo que usted oirá cuando la pronuncie.

EDUARD. Bien. Ya le escucho á usted.

BENITO. Cómo ya le escucho á usted? Se le figura que voy á estar una hora con la nariz mirando al cielo porque usted no se tome la molestia de bajar de la escalera?

EDUARD. Ya! Perdone usted. (Baja).

BENITO. (Demos á mi fisonomía un aire de bondad para deslumbrarle).

EDUARD. (Delante ya de D. Benito). Aquí me tiene usted.

BENITO. Enhorabuena. (Alto). Pues señor....

EDUARD. Poco á poco: si empieza usted dando gritos, tomo las de Villadiego. Eso me huele á riña.

BENITO. Nó, hombre, nó. (Amable y en voz dulce). Ya sabes mí querido Eduardo, cuán grande es el afecto que te tengo.

EDUARD. Sí, señor.

BENITO. Que eres. ..

EDUARD. Sí, señor.

BENITO. Que eres la esperanza....

EDUARD. Sí, señor.

BENITO. Déjame acabar. La esperanza de mi raza.

EDUARD. Sí, señor.

BENITO. Dále! Y además mi....

EDUARD. Sí, señor.

BENITO. Adios, hijo! (Se va á ir).

EDUARD. Eh, tio, tio, dónde vá usted? Qué es eso?

BENITO. Hablas tú, ó hablo yo?

EDUARD. Usted. Pues acaso le he interrumpido?

BENITO. Si no me has dejado meter baza con tu «sí, señor, sí, señor.»

EDUARD. Creí que debia afirmar lo que usted me decia....

BENITO. Pues afírmalo para tus adentros.

EDUARD. Bueno! Continúe usted.

BENITO. Continúo. Iba diciendo que eres la esperanza de mi raza....

EDUARD. Si se.... Ay! (Se detiene. Aparte tapándose la boca).

BENITO. Eh?

EDUARD. Nada, nada.

BENITO. Y además.... mi único heredero.

EDUARD. Oh! No hablemos de eso.

BENITO. Por qué? Cuando es una gran fortuna la que has de heredar... porque no habrá muchos fabricantes en Barcelona tan ricos como yo: como yo, que de simple jornalero he sabido hacerme rico.

EDUARD. Lo cual hace mucho honor á su talento de usted.

BENITO Talento? No por cierto. Yo no he querido nunca tener eso.

EDUARD. Qué dice usted, tio?

BENITO. Digo, que lo que yo poseo es buena nariz.

EDUARD. (Mirándole á la nariz). Usted?

BENITO. No hablo de ésta, hombre: he querido decir solo que tengo buen instinto.

EDUARD. Ya!

BENITO. Justo! Y sin ser un Platon ni un Séneca, sin necesidad de andar revolviendo librotes ni legajos, creo, y es lo cierto, que la biblioteca mejor es menos útil que un peso duro.

EDUARD. Tio!

BENITO. Qué quieres? Cada cual opina á su manera, y como yo debo únicamente á mi buen instinto el tener casas de campo, coches, lacayos...

EDUARD. Bien haya mil veces la suerte que ha sabido colmar todos los votos de usted.

BENITO. Todos? No.

EDUARD. Es posible?

BENITO. Como lo oyes. Aun me falta uno. Uno que formo actualmente.

EDUARD. No acierto adivinarlo. Qué le falta á usted en el mundo? Qué desea usted?

BENITO. Qué deseo? Deseo ser noble.

EDUARD. Usted?

BENITO. Aristócrata.

EDUARD. Cómo!... Usted, querido tío? Un antiguo fabricante!... Tendria usted la debilidad?...

BENITO. Yo no tengo debilidades, caballerito.

EDUARD. Pero qué gusto cifra usted en semejante cosa?

BENITO. Qué gusto? No comprendes tú lo bien que estaría un escudo de armas con, v. g., con un pavo real en campo morado, y dos perros de presa en campo azul...

EDUARD. Sí, muy bonito. Pero si no nació usted noble, á qué desear?...

BENITO. Cierto. No nací noble, y esta es la única queja que tengo de mi padre. Pero aun puedo enmendar en parte esta falta .. si tú te prestas á ello.

EDUARD. Yó? No sé cómo...

BENITO. Vas á oirlo. Has observado alguna vez la vida privada del ganado merino?

EDUARD. Eh? Qué dice usted? En mi vida me he ocupado...

BENITO. Pues su esplendor se sostiene y se aumenta por la acertada mezcla y conservacion de las razas.

EDUARD. Me alegro mucho; pero continúo sin comprender la comparacion.

BENITO. Adoptando yo ese método...

EDUARD. Usted, querido tio?

BENITO. Es decir, yo precisamente... pero tú si, porque ya te dije que eras la esperanza de mi raza; así, pues, voy á

mezclarte con la de una jóven heredera muy distinguida, y cuya boda te hará feliz, ilustre...

EDUARD. Mil gracias, tio, mil gracias! pero si yo me caso alguna vez, elegiré la novia por mí mismo.

BENITO. Pues elije esta.

EDUARD. No es posible, he formado otras ideas.

BENITO. Otras? Esplícalas al punto.

EDUARD. Es inútil. Mañana, en pasando algun tiempo...

BENITO. Las conozco, señor mio. Las sé de memoria. Estás enamorado de tu prima.

EDUARD. Pues si lo sabe usted, nada tengo que decirle.

BENITO. Háse visto descaro semejante.

EDUARD. Descaro llama usted á confesar mi amor?

BENITO. Yo lo reprimiré!... Si señor: yo tomaré mis medidas por violentas, por severas que sean. Cuenta conmigo!

EDUARD. Eso digo yo. Cuenta conmigo.

BENITO. Insolente!

EDUARD. El verdadero amor triunfa de todos los obstáculos.

BENITO. Pero no triunfa de la Habana, donde voy á enviarla á tu prima María cuanto antes.

EDUARD. Cielos!

BENITO. Anda! Triunfa ahora de la Habana.

EDUARD. Conque la destierra usted de aquí?

BENITO. La destierro, la exporto.

EDUARD. Pues yo me iré tambien.

BENITO. Tú?

EDUARD. Si señor. Detrás de ella.

BENITO. Usted no irá detrás de nadie.

EDUARD. Pues me iré delante, lo mismo dá.

BENITO. Con que te declaras en rebelion!

EDUARD. Abierta.

BENITO. Hé aqui el fruto de mis beneficios! Semejante pago á mi, á mí, que te he criado como á un príncipe, que te he dado hasta un preceptor para que formase tu corazon y desenvolviese tu talento.

EDUARD. Mi preceptor es un bestia, que se burla de usted y de mí.

BENITO. Mientes. Eso lo dices porque te riñe, porque no disimula tu desaplicacion; porque tal vez desaprueba esos locos amores. Y si nó, consúltaselos. Consulta á ese pozo de ciencia...

EDUARD. La ciencia no sabe palotada en materias de amor, y... sobre todo, querido tio, yo amo á mi prima, yo no amaré nunca á otra y... vamos. Por más que usted se enoje ahora conmigo, sé que en último caso usted no ha de ser inexorable.

BENITO. Inexorabilísimo.

EDUARD. Nó.

BENITO. Sí. Procura si no el ablandarme. Te desafío. En mí hallarás una roca, un marmolillo! un...

EDUARD. Allá lo veremos. En el entretanto... adios, querido tio. Me voy á estudiar un rato.

BENITO. A estud... sí, sí. Estudia, Eduardo, estudia y procura olvidar ese capricho.

EDUARD. (Escribiré á María cuanto ocurre).

BENITO. Ya sabes que siempre te he querido, que siempre...

EDUARD. Por lo mismo espero...

BENITO. Nada: inexorable!

EDUARD. Hasta luego, querido tio. (Se sonrie).

BENITO. (Deteniéndole). Oye! Lo dicho! Un marmolillo.

EDUARD. Bah! (Entra en el pabellon).

BENITO. Qué es eso de «Bah!» Oh! yo le domaré, mal que le pese. Y con tal que su preceptor don Lupercio secunde mis designios... voy á buscarle... Pero no hay para qué. Él mismo viene hácia aquí y embebido á lo que parece en alguna lectura filosófica.

ESCENA III.

DICHO.—DON LUPERCIO.

LUP. (Leyendo y andando á un tiempo). «Volviendo de Montmorency, la hermosa Ana se pavoneaba sobre su asno, cuando el animal sintiendo la espuela, partió á todo galope. La jóven perdió el equilibrio y cayó sobre el verde cesped, dejando ver la pierna mas torneada...» (Interrumpiéndose). Magnífico cuadro!

BENITO. Eh? Parece que le entusiasma.

LUP. Soberbio golpe de... Diablo! (Oculta su libro). Usted aquí, don Benito?

BENITO. A lo que creo le encantaba á usted la lectura... qué libro es ese?

LUP. Qué libro es? Nada. Un tratado de patología.

BENITO. Para dar lecciones á mi sobrino?

LUP. Sí: aunque él ya tiene alguna que otra nocion...

BENITO. Quiere usted que se acabe de perfeccionar.

LUP. Precisamente.

BENITO. Oh! Nunca le agradecerá lo bastante Eduardo la constancia con que usted atiende á su educacion. Y á propósito. Le ha visto usted hoy?

LUP. Todavía no.

BENITO. Pues hace pocos instantes que se encerró en su pabellon para estudiar.

LUP. Si. Estos dias anda á vueltas con las conjugaciones...

el Museo, me encuentro con este buen don Benito que miraba un cuadro abierta la boca y estirados los ojos; me acerco á él; entablamos conversacion, le esplico un gran número de cuadros que yo no conocia, y que él conocia menos que yo: le hablo de pintura, de batallas, de viages, de industria, de todo en fin; él me cree un pozo de ciencia, yo no se lo niego enteramente, y acaba por proponerme la educacion de su sobrino, á quien me pongo á enseñar gramática é historia sin mas trabajo que darle á leer unos cuantos libros, que él por su parte no lee, lo cual me ahorra toda esplicacion y me va sacando hasta ahora del apuro. Nunca le riño, nunca le contradigo, y mientras él hace su gusto yo como, bebo y cobro. Pues señor, esto es magnífico. Busquemos al discípulo para cumplir la órden de su tio. (Se acerca á la puerta del pabellon). Será verdad que está estudiando? Como no le haya dado hoy ese raro capricho!

ESCENA V.

DON LUPERCIO.—EDUARDO.—MARIA.

EDUARD. Sí; mi querida prima! te repito que este es el único partido que debemos adoptar.

MARIA. Pero si no me atrevo.

EDUARD. Por qué? No voy á ser tu esposo?

MARIA. Ya: pero.... y nuestro tio?

EDUARD. Yo te respondo de su consentimiento cuando nos vea casados.

MARIA. Oh! no sé si debo.....

LUP. (Escuchando aun á la puerta del pabellon). Pues señor, lo que es aquí dentro no se siente una mosca. No hay duda. Está estudiando las conjugaciones.

EDUARD. Si tú pudieras comprender cuanto te amo.... (La besa una mano).

LUP. Eh? (Volviéndose). Calle! No lo dije? Estudiando las conjugaciones.

MARIA. Cielos! Don Lupercio!

EDUARD. Me alegro. Precisamente iba á buscarle.

LUP. Haré que no le he visto. (Se pone á leer). En ciertas circunstancias debo cerrar los ojos.

EDUARD. Don Lupercio!

LUP. (Como quien lee para si). Ham.... hum!...

EDUARD. Don Lupercio!

LUP. (Volviendo la espalda y murmurando mas alto). Humum!

EDUARD. Don Lupercio, eh! (Impaciente dá un sopapo al libro que se cae al suelo).
LUP. Cómo!
EDUARD. No oye usted que le estoy llamando?
LUP. Hola! Es usted caballerito? (Cogiendo el libro del suelo). Confesemos que semejante accion....
EDUARD. Suspenda usted su lectura, y hablemos un poco.
LUP. Qué veo! Esta señorita por aqui.... (La saluda). Beso á usted.... cada dia mas bella.
EDUARD. No es verdad, don Lupercio?
LUP. Vaya! Tiene unos ojos capaces de inspirar....
EDUARD. Vamos, querido profesor, pues á ello.
LUP. Cómo á ello?
EDUARD. Improvise usted algo en obsequio de esos ojos.
MARIA. Eduardo!...
LUP. Yo!
EDUARD. No es usted tambien poeta? usted me lo ha dicho.
LUP. Sí, mas....
EDUARD. No hay remedio. Lo exijo.
LUP. (Y qué diablos he de decir, si en mi vida la he visto mas gorda?)
EDUARD. Se niega usted? Ese es un desaire, y yo....
LUP. Poco á poco: no se acalore usted por cosa tan corta. Con que... unos versos, eh? Una quintilla ó un... Pues! Así, como si dijéramos...
EDUARD. Cualquier cosa, cualquier cosa.
LUP. (Maldito seas).
EDUARD. Vamos.
LUP. (Tose). Egem!... (A María). Usted disimulará si no son tan buenos como usted se merece.
MARIA. (A Eduardo). Pero qué capricho!...
LUP. Cuando sale por Oriente
la aurora con su arrebol,
se me figura un perol....
EDUARD. Eh?
LUP. Lleno de agua caliente.
EDUARD. Don Lupercio!
LUP. (Animándose por grados).
Así, esa frente
que vá despidiendo rayos
y como la cruz de mayo....
EDUARD. Qué dice usted?
LUP. (Otra vez animado). (No lo sé).
Cuando vino Josué,
montado en un guacamayo.
EDUARD. Jesus! Jesus!
MARIA. Qué gerigonza!
LUP. Si es que no estoy de vena, pero por complacer á ustedes.

EDUARD. Calle usted. Eso no tiene piés ni cabeza.

LUP. Caballerito! Poco á poco! Estos son versos: no ha oido usted los consonantes?

EDUARD. Está bien. No lo disputaré, señor don Lupercio. Pero vamos á otra cosa. Usted me aprecia?

LUP. Como á un hijo.

EDUARD. Gracias. Está usted dispuesto á darme una prueba de ello?

LUP. Aunque sean tres.

EDUARD. Pues bien. Necesito partir, y antes de una hora quiero ponerme en camino.

LUP. Conmigo?

EDUARD. Nó, con mi prima.

LUP. La cosa es muy diferente. Pero no comprendo.

EDUARD. Ni importa por ahora.

LUP. Gracias.

EDUARD. Necesitamos un carruaje, y he contado con usted para que nos lo facilite.

LUP. Lo siento: pero yo no alquilo coches.

EDUARD. Eh?

LUP. Digo que no alquilo....

EDUARD. Se burla usted, por ventura? Ya sabe usted que mi tio me vigila, me espía, y que de usted nadie sospechará.

LUP. Ese argumento es capcioso, pero muy débil.

EDUARD. Así, pues, quiero que nos conduzca usted hasta la primera parada.

LUP. Cómo! Que yo sea el coche?

EDUARD. No señor. Pero un preceptor debe ser la guia de su discípulo.

LUP. Ah! Ya comprendo. Pero por lo que veo, usted en vez de guia quiere hacerme postillon, y eso no me acomoda.

~~MARIA~~. Luego usted prefiere que me valga de un criado, y que éste venda nuestra fama á todo el mundo.

LUP. Falta que haya quien la quiera comprar. Pero joven! jóven! Por quién me ha tomado usted á mí? usted intenta nada menos que un rapto y....

MARIA. Un rapto!

LUP. Esa es la palabra.

EDUARD. Señor don Lupercio.

LUP. Y usted, niña, en quien de tal modo se despierta el órgano del movimiento....

EDUARD. Suspenda usted sus reconvenciones á mi prima ó.... (Alzo la mano).

LUP. No he dicho nada.

MARIA. Usted como no sabe que nos amamos, que nos quieren separar.... Cree usted que tengo yo el corazon de piedra?

LUP. No por cierto: al contrario, todo me dá á entender que es un rollito de manteca.

MARIA. Entonces no diga usted que mi primo me roba.

LUP. Nó? Pues qué? es usted quien le roba á él?

EDUARD. En fin á un lado circunloquios. Estamos resueltos á unirnos para siempre: en otros términos, á casarnos.

LUP. No es lo mismo una cosa que otra, pero admito la comparacion.

EDUARD. Cómo!

LUP. Quiero decir, que á veces no basta ser marido y ser mujer, para estar unidos: y si yo les citara un ejemplo vivo de.... pero esto no es del caso.

EDUARD. Pero sí el que nuestra resolucion es invariable.

LUP. Y la mia: yo no me meto en semejante berenjenal.

EDUARD. Nó? Corriente: nos pasaremos sin usted. La cosa es bien sencilla, máxime contando como cuento con bastante dinero para llevarla á cabo. No faltará quien acepte los quinientos duros que yo iba á regalarle á usted.

LUP. Quinientos duros! Hombre! Y tendria usted corazon para cometer semejante ingratitud con su maestro, conmigo, que tanto le he apreciado siempre?

EDUARD. No se niega usted á contribuir á mi felicidad?

LUP. Ya! Conque lo que usted quiere es su felicidad? Y por qué no me lo ha dicho usted antes? Oh! qué sacrificios no haré yo por.... con que son quinientos duros! Sí. Reconozco que en esta boda estriba la felicidad de ustedes.

MARIA. Como que no podemos vivir el uno sin el otro.

LUP. Claro está, hijos mios! Claro está! Ya me parecia á mi... Pero ya se vé: un filósofo como yo.... Pues! Hasta que no tiene pruebas palpables de una cosa....

EDUARD. Luego accede usted?

LUP. A todo.

EDUARD. Vengan esos cinco. Bien esperé siempre de usted esta fineza. (Dándole la mano. D. Benito sale por el fondo y los vé).

BENITO. (Aparte). Los tres reunidos! Sin duda don Lupercio les está echando un sermon de lo lindo. Este sí que es todo un hombre! Oigamos.

LUP. (Que ha estado en medio de los dos jóvenes hablando con ellos en voz baja). Y á propósito: la casualidad favorece nuestros intentos.

EDUARD. / MARIA. } Cómo?

LUP. Conocen ustedes á don Simon Cupidiní?

EDUARD. Un propietario de estas inmediaciones? Cojo; que tiene un ojo vizco ..

LUP. Y otro tuerto: ese mismo. Pues bien. Hoy me ha con-

vidado á comer y tengo tomado un coche para ir allá.

EDUARD. Bravo! Partiremos juntos.

BENITO. (Aparte). Qué dice?

MARIA. Ah señor don Lupercio! no hallo expresiones con que darle gracias.

LUP. Las renuncio.

EDUARD. Luego le entregaré á usted mi regalo.

LUP. Eso si lo acepto.

MARÍA. Usted es nuestro padre.

LUP. No tanto, pero poco ménos. Digan de mí lo que quieran, vuestro amor es sagrado: es la llama celeste de los resplandores mas...

BENITO. (Bajando de pronto colérico). Vergantes!

EDUARD. } Ah! (Huyendo cada uno por su lado).
LUP. }

MARÍA. (Aparte). Uf! Dios me asista! (Se queda inmóvil. Don Benito tambien contemplándole).

BENITO. (De pronto). Judas Iscariote!

LUP. (Retrocediendo espantado). Señor don...

BENITO. Chito. Yo tengo la palabra, y voy á decirle cuántas son cinco, ó vive Dios... (Amenazándole con el puño).

LUP. (Gravemente). Renuncio á la palabra.

BENITO. En primer lugar... Tome usted la puerta ahora mismo.

LUP. Eso es empezar por la cola.

BENITO. Es verdad. Pues antes le diré que lo he oido todo.

LUP. Ya vá usted estando más lógico.

BENITO. Y que al ver su ruin proceder...

LUP. Adelante.

BENITO. Le planto en la calle.

LUP. La conclusion es horrible, señor don Benito; y si usted me oyese cuatro palabras no más... yo le convenceria.

BENITO. (Furioso). De qué?

LUP. De que lo que ha visto y ha oido, no es lo que ha oido ni la que ha visto.

BENITO. Hombre! Esto si que es curioso! Conque tendria usted el descaro de negar?..

LUP. (Con frialdad). Pues ahí verá usted.

BENITO. (Colérico). Lo que yo veo...

LUP. Me quiere usted escuchar?

BENITO. Acabemos.

LUP. Su sobrino de usted...

BENITO. Se quiere escapar con su prima.

LUP. Justamente: y yo...

BENITO. Y usted proteje tan criminal intento.

LUP. Cabal. (Friamente). Qué dice usted á eso?

BENITO. (Furioso). Cómo, qué digo yo á eso? Que usted es un traidor, un Judas, un...

LUP. (Con acento triste y ademan humilde). Es verdad. Soy un Ju-

das... porque engaño á su sobrino de usted... á mi discípulo.

BENITO. Eh? Usted le engaña?

LUP. (Dando un grito que hace retroceder sobresaltado á don Benito). Por usted!!

BENITO. Uf!

LUP. Por usted, que agradece mis servicios insultándome y dudando de mí. (Aprovechándose del momento y entusiasmándose para dominar y deslumbrar á don Benito: se pasea agitado).

BENITO. (Algo desconcertado). Yó!

LUP. (Gritando é interrumpiéndole). Por usted, que desconociendo mis teorías sociales, no ha conocido que al prestarme á los deseos de su sobrino, ha sido solo en la apariencia para desbaratarlos mejor!

BENITO. Es posi...

LUP. (Más fuerte). Por usted, cuyo entendimiento ajeno á la luz de la ciencia, se arrastra por entre las sinuosidades de la más hiperbólica *stultitia*, sin conocer que como dice el sábio, los ojos no oyen, los oidos no... digo, los ojos no ven, los oidos no oyen, cuando el alma está enferma y con la calentura de la ignorancia, del sopor, de la metensicosis, y del depurativo animal!! (Se limpia el sudor y se sienta solemnemente).

BENITO. (Confuso y estupefacto dice aparte). Este hombre me fascina.

LUP. (Levantándose). Ahora voy á liar el petate, y á marcharme de aquí. (Se dirije al fondo).

BENITO. (Arrepentido). Señor don Lupercio! Señor don Lupercio!

LUP. (Desde el fondo con aire de indiferencia). Quién me llama?

BENITO. Yó. Un hombre que quiere reparar su falta; que le ha juzgado á usted erradamente.

LUP. (Ya es mio). (Bajando á la escena). Usted suele errarse á menudo, señor don Benito. Pero no se dirá nunca del sábio que fué intolerante. Héme aquí.

BENITO. (Le alarga la mano). Toque usted.

LUP. (Le dá la suya). Toco.

BENITO. Y ahora... Como si nada hubiera sucedido entre nosotros.

LUP. Como si nada hubiera sucedido.

BENITO. Dígame usted: ¿no sería mejor que en vez de andarnos en rodeos y filosofías, estorbásemos abiertamente los proyectos de Eduardo?

LUP. Eso sería lo más derecho, pero no lo más eficaz; porque él y su prima están apasionados; y... qué diantre! A menos de no levantar entre ellos una barrera, una muralla.... así... alguna cosa muy escarpada...

BENITO. Con efecto. Ah! Oh!

LUP. Eh? Le duele á usted algo?

BENITO. Qué idea se me ocurre!

LUP. Usted tiene una idea? (Aparte). Parece increible.

BENITO. Don Lupercio, le daría á usted mucha pena el ganarse mil duros?

LUP. Penas de esa especie no hacen nunca mella en el corazon de un filósofo.

BENITO. Pues cuente usted con ellos.

LUP. Con mil duros? ¿Habla usted de veras, señor don Benito?

BENITO. Con una condicion.

LUP. Venga.

BENITO. Que se case usted con María.

LUP. Yó? Con la prima de mi discípulo?

BENITO. Sí: usted será la muralla que entre los dos jóvenes se interponga; usted será la barrera...

LUP. (Y tú el toro. Pues es peregrina la ocurrencia!) Pero reflexione usted que María ha dado ya su corazon á otro.

BENITO. Nada me importa.

LUP. Pues á mí sí, caramba! ¿Quiere usted que yo esponga mi cabeza al enojo de su sobrino de usted?

BENITO. Y por ventura no vale su cabeza de usted los mil duros que voy á darle?

LUP. Ya! si sale usted al encuentro con ese razonamiento...

BENITO. Barcelona está cerca, y mi propio carruaje conducirá á ustedes á la parroquia.

LUP. Pero este es un matrimonio ferro carril!

BENITO. Será lo que usted quiera; pero es preciso que dentro de dos horas estén ustedes ya casados. Usted elija: ó boda y mil duros, ó tomar el portante ahora mismo.

LUP. Señor don Benito, mi eleccion está hecha; á mí no me intimida nada...

BENITO. (Enfadado). Y se despide usted?

LUP. Nó: me quedo.

BENITO. Un abrazo! ¡voto vá al chápiro verde! Usted es un hombre inestimable y digno de la novia que le he buscado.

LUP. Y usted me adula.

BENITO. No tal. Digo lo que siento. Conque estamos conformes. Voy á disponerlo todo, y en un santiamen... Hasta luego don Lupercio.

LUP. Hasta luego.

BENITO. (Volviéndose desde el foro). Señor don Lupercio, mil gracias.

LUP. (Deteniéndole). Y los mil duros, señor don Benito?

BENITO. En seguida. (Váse).

ESCENA VI.

DON LUPERCIO, solo.

En seguida! ¡Voy á tener veinte mil reales en mi bolsillo! Cómo me voy á estrañar á mí mismo. Pero... el tomar el dinero es bien fácil, mas la boda... ¡Oh Clara! ¡Oh esposa ingrata! Porqué te conocí? Sin ese lazo que nos oprime, ahora podria yo casarme sin dimes ni diretes, y... Soy un bestia. Pobre Clara! Cuán adversa nos fué siempre la suerte! Yo la conocí en Madrid, alcanzando triunfos en el teatro donde estaba contratada de parte de por medio y... y nuestro amor fué consagrado ante el teniente cura de San Márcos. Pero ya se vé! Las partes de por medio ganan tan poca cosa! Y como yo no era parte... mas que para llamarme á la parte!... Pobre Clara! Se dedicó á corista. Su voz era un prodigio, y sin embargo el pícaro del maestro al chémbalo no la protegia. Ella, desesperada, se decidió ir á Italia á aprender, y como no teniamos dinero para los dos, yo quedé en la madre patria, donde la aguardo hace un año, sin que haya vuelto á saber de ella. ¿Seré viudo por ventura? (Pausa). Pero abandonemos estas gratas ilusiones. Yo no puedo casarme: no puedo ganar esos mil duros! Oh Clara! Tú me defraudas, tú me pierdes!

ESCENA VII.

DICHOS.—EDUARDO que sale precipitadamente.

EDUARD. Don Lupercio! Don Lupercio!

LUP. Quién viene á sacarme de mis meditaciones? Ah! ¿Es usted? Qué ocurre? Está usted muy agitado!

EDUARD. Es una infamia!

LUP. Eh?

EDUARD. (Colérico). Lo duda usted por ventura?

LUP. No señor. Usted tiene razon. Es una infamia! Una picardía!

EDUARD. Justo!

LUP. Cabal. Pero qué es ello?

EDUARD. Me gusta la salida! Qué ha de ser? Que nos han vendido! Que estamos descubiertos!

LUP. (Adios! Todo lo sabe!) (Fingiendo sorpresa). Que me cuen-

ta usted? Y quién ha sido el traidor! Que me lo traigan! (¡Ay si sospecha la verdad). Que me lo traigan.

EDUARD. Mi tio ha sido avisado. Las puertas estan cerradas! Tomadas las salidas.

LUP. Las salidas! Entonces no podemos salir.

EDUARD. Claro está.

LUP. Sí: es lo mas lógico. Con que... nuestro proyecto en tierra!

EDUARD. Todavia no: porque antes de quedarme aquí, soy capaz hasta de suicidarme.

LUP. El remedio es muy poco ingenioso.

EDUARD. Pero moriré vengado: porque ántes sabré matar á quien nos ha hecho traicion.

LUP. San Blas! (Echando á correr despavorido).

EDUARD. A dónde va usted?

LUP. A...·A...

EDUARD. Cielos! Esa turbacion!

LUP. (Animas benditas!...)

EDUARD. Y ahora que reflexiono... Yo no he dado parte de mi proyecto á nadie mas que á usted: usted solo lo sabia.

LUP. Yo... la... re... mi... (El miedo me hace solfear!)

EDUARD. Usted me ha vendido.

LUP. Cómo que... (Echándola de maestro). (Veamos sí asi me libro...) Caballerito! Semejante suposicion...

EDUARD. Usted ha sido, y me las vá á pagar todas juntas. (Cogiéndole de una oreja).

LUP. Ay!

ESCENA VIII.

DICHOS.—MARIA.

MARIA. Detente, primo mio: no le hagas mal alguno, porque seria inútil.

EDUARD. Es que tú ignoras de lo que este hombre es capaz.

LUP. Ah señora! A usted debo mis orejas. Las pongo á sus pies. Soy inocente.

MARIA. Inocente? Cree usted que no lo sé todo? Pero tranquilízate: ese matrimonio no se efectuará, porque jamás consentiré...

EDUARD. Qué matrimonio?

LUP. (Pues esta es mas negra!) Nada: no le haga usted caso...

MARIA. Cómo que no me haga caso?

LUP. Si yo hablaba con usted.

EDUARD. Y le decia usted que no me hiciera caso á mí?

LUP. Qué! nó: al contrario. Pero como la boda y la... Porque yo, porque usted... y porque ella...

EDUARD. Hable usted claro...
LUP. Pues hombre, si me esplico perfectamente.
MARIA. Todo eso es para que ignores que nuestro tio me ha noticiado que vá á casarme...
LUP. (Queriéndola impedir que hable). Mariquita...
MARIA. Que vá á casar...
LUP. Chist! No arme usted la zambra.
MARIA. (En voz muy alta). Que vá á casarme con don Lupercio.
EDUARD. Con él?
LUP. Si es muda rebienta. (Pausa. Eduardo mira á don Lupercio, que está con la cabeza agachada como quien teme una esplosion).
EDUARD. (De pronto dándole un pescozon á don Lupercio). Toma, miserable!
LUP. Ya lo veia venir! Señor don Eduardo... mi querido alumno...
EDUARD. Tú casarte con María?
LUP. Chist! Entendámonos! Entremos en razones.
EDUARD. Razones? palos.
LUP. Señor don Eduardo, eso es muy oriental, pero poco civilizador.
EDUARD. Asi pudiera empalarte como en Turquía.
LUP. Mariquita! A usted me acojo: sea usted la sultana que detenga el furor de ese bajá irritado.
EDUARD. Con pullas te me vienes, truhan?
LUP. (Asomándose por detrás de María como regañando). No me tutee usted.
EDUARD. Con que te destinan la mano de la que adoro?
LUP. (Resguardándose detrás de María). Sí
EDUARD. Con que eres mi rival?
LUP. No.
EDUARD. Cómo! Lo negarias por ventura?
LUP. Sí.
EDUARD. Para engañarme?
LUP. No.
EDUARD. Conozco bien tus tretas.
LUP. Sí.
MARIA. Calle! dice que sí.
LUP. No
EDUARD. Preséntate.
LUP. No.
EDUARD. (Alzando la voz). Preséntate, repito.
LUP. (Gritando al oido casi de María). No.
MARIA. Uf! Qué gritos dá este hombre! (Separándose de él y tapándose los oidos).
EDUARD. (Cogiéndole). Ven acá: confiesa, ó desdichado de tí.
LUP. Pero qué he de confesar?
EDUARD. Usted ha aceptado ese enlace con mi prima?
LUP. Sí; pero para conservársela á usted, y porque de lo con-

trario don Benito se la hubiera dado á otro que no renunciaria á ella, en tanto que yo... no me caso ni ahora ni luego.

EDUARD. De veras?

LUP. Sí. El matrimonio: ese lazo tan dulce me está prohibido de real órden.

EDUARD. De real órden?

LUP. Es decir...

EDUARD. Otra nueva tramoya?

LUP. Don Eduardo, esa desconfianza hiere demasiado mi pundonor, y ya que no puedo convencer á usted sino revelándole el secreto de mi vida sepa usted digo, sepan ustedes... (Pasando en medio de los dos).

LOS DOS JÓVENES. Qué?

LUP. Pero no vayan ustedes á contarlo por ahí.

EDUARD. Nó, hombre.

LUP. Pues sepan ustedes que la... Es que si se les escapa á ustedes una palabra...

EDUARD. Dale.

LUP. Sepan ustedes, repito, que hace mas de... Por supuesto que aunque alguno les pregunte...

EDUARD. Acaba usted, ó nó?

LUP. Al instante. Pues señor. Cuando yo vivia en... Ahí viene don Benito.

EDUARD. Maldito seas!

ESCENA IX.



DICHOS.—DON BENITO.

BENITO. Don Lupercio, ya estan enganchando mi carruaje. Dispóngase usted á conducir á su novia al altar...

MARIA. (Dios mio!)

EDUARD. (Ap. á Lupercio). Rehuse usted.

LUP. Voy á hacerlo. (Ap. á Eduardo). Señor don Benito, estoy pronto.

EDUARD. (A Lupercio). (Infame!)

LUP. (A Eduardo). (Cálle usted y déjeme obrar).

BENITO. Eh? Qué cuchicheos son esos?

LUP. Nada. Mi discípulo que está desesperado. Hasta me amenaza con matarme.

BENITO. Se guardará muy bien. Desde ahora le declaro que semejante accion me disgustaria.

LUP. Mas me disgustaria á mí, señor don Benito. Créalo usted.

EDUARD. Pues desde ahora lo digo: si se casa con mi prima, lo mato sin remedio.

BENITO. Si? Pues anda. Atrévete, atrévete.

LUP. No: déjele usted. Mas vale que no se atreva. (Pasando al lado de don Benito).

BENITO. Asi me faltas al respeto! Así te opones á mis justos deseos?

LUP. (Poniéndose en medio de los dos). Vamos, vamos, tranquilícese usted, señor don Benito. Este jóven es... (Volviéndose á él). muy dócil y... (Eduardo le dá un puntapié). Ay! (Volviéndose).

BENITO. Qué?

LUP. Nada: decia que este jóven es muy dócil y muy... (¡Cáspita y cómo escuece!)

BENITO. Dócil? Usted no lo conoce bien.

LUP. Que no? Ahora verá usted; ahora verá usted como con cuatro palabras lo dejo mas sumiso y mas... usted no quiere creer en la ciencia y... Jóven! (Haciendole al mismo tiempo señas con la mano izquierda). Alumno! Acá.

EDUARD. Qué tiene usted que añadirme? (Se acerca á Lupercio).

LUP. Que tengo que añadirle! Nada. Usted está perfectamente completo. Oiga usted una cosa. Mas cerca: al oido. (Le habla al oido).

EDUARD. Será cierto?

LUP. (Bajo los dos). Palabra de honor!

EDUARD. (Le habla al oido á Lupercio). De manera que...

LUP. (Idem). Justo: y luego...

EDUARD. (Idem). Pues: y yo...

LUP. (Idem). Teniendo presente que... (Este juego con mucha viveza).

BENITO. Qué demonio de traqueteo!

LUP. (Viniendo solemnemente al lado de don Benito). Está hecho un guante.

BENITO. Mi sobrino? Bah!

LUP. (Remedándole). Bah! ¿Y qué quiere decir bah! Eso es una especie de rebuzno indigno de personas que como usted, tiene un instinto claro, señor don Benito.

BENITO. De modo que yo...

LUP. Usted verá si es cierto lo que le he manifestado. Alumno! Espero que entrará usted en la senda de sus deberes, y que se arrepentirá de lo que ha hecho, eh?

EDUARD. Se lo prometo á usted, señor don Lupercio.

BENITO. (Admirado). Calle!

MARIA. (Qué dice?)

LUP. Brrr! Pues, cuidadito, señor mio... (A don Benito). Usted lo vé. Niéguelo usted ahora.

BENITO. Pero cómo ha conseguido usted tan pronto...?

LUP. Amigo, esos son secretos de la ciencia. Con dos pala-

bras que le he dicho en latin, lo he dejado tamañito.

BENITO. Dos palabras? Pues yo creo que han hablado ustedes mas de veinte.

LUP. Hé ahí lo que es la ignorancia. Usted deberia saber que á veces se habla un dia entero sin decir nada.

BENITO. Demonio!

LUP. Sí señor: y ese es un arte como otro cualquiera. Pero al grano, al grano por Dios! Eduardito retírese usted á su pabellon, y cuenta con salir de él para nada sin mi espreso consentimiento.

EDUARD. Al instante. (Se vá).

BENITO. Y obedece!

MARIA. (Qué cambio!)

LUP. Así. (Eduardo entra en el pabellon cerrando tras sí).

BENITO. Vamos! Si no lo viera...

LUP. (Echando la llave). Ya está el pájaro en jaula.

ESCENA X.

DICHOS, menos EDUARDO.

BENITO. Lo encierra usted?

LUP. Cabalmente. Ahora... tome usted la llave y téngale usted preso hasta mañana.

BENITO. Sin comer?

LUP. Sin comer.

MARIA. Qué crueldad.

BENITO. Y si tiene hambre?

LUP. Que se muera!

BENITO. Qué dice usted?

LUP. (Con fuerza). Que se muera. Con eso aprenderá que las pasiones no bastan á llenar el vacío de la existencia.

BENITO. Tiene usted razon. Pero dígame usted ¿podré enviarle á la noche aunque no sea mas que una gícara de chocolate?

LUP. (Con dureza). Nada.

MARIA. (Este hombre es un tigre).

LUP. El chocolate es muy ardiente, y encenderá mas su imaginacion. Lo dicho. Sin comer, lo pasará mas comodamente.

BENITO. Si usted lo cree...

LUP. Con que... Ya podemos marchar á Barcelona.

MARIA. A Barcelona? Con usted? jamás.

BENITO. Basta de rebelion, niña. Estoy resuelto á hacerme obedecer.

MARIA. Y yo resuelta á no obedecerle.

LUP. (Ella habla poco, pero bueno).
BENITO Pues voto á Cardona!
MARIA. No soy mas que una mujer, pero...
LUP. (Aparte). Pero vale por cuatro: ya se le conoce.
BENITO. (Bajo á don Lupercio). Hombre... si le dijese usted al oido las palabras que dijo al chico, tal vez...
LUP. Voy á probar, aunque no fio en lograr nada. Pero; déjenos usted solos, y entretanto mande usted que arrimen el carruaje á esa puerta.
BENITO. Para meterla en él en cuanto acceda?
LUP. Justamente.
BENITO. Pues voy al punto. (Se vá).

ESCENA XI.

DON LUPERCIO.—MARIA.—Despues EDUARDO.

MARIA. Y me deja á solas con este mónstruo!
LUP. Señorita, este mónstruo no se la comerá á usted, por mas que sea usted un plato de muy buen paladar.
MARIA. Uf! Qué requiebro tan feroz!
LUP. Perdone usted: sé que no es usted un objeto culinario, pero siempre he sido aficionado á la alegoría y... sobre todo á lo que huele á cocina.
MARIA. Luego eso quiere decirme que trasciendo á estofado ó á albondiguillas!
LUP. Usted no me ha entendido.
MARIA. Oh! Sí: lo bastante para colmar el ódio que le profeso!
LUP. Mariquita, usted se trabuca. Yo soy su amigo de usted.
MARIA. Nunca.
LUP. Su aliado?
MARIA. Mi aliado?
LUP. Yo no me caso con usted, yo no la quiero ni bendita.
MARIA. Cómo! Sería usted tan bueno? ..
LUP. Sí, hija mia sí. Y para probárselo... (Coje la escalera).
MARIA. Qué hace usted?
LUP. Pronto lo verá. (La apoya contra la pared del pabellon).
MARIA. No comprendo una palabra.
LUP. Ya veo que le sucede eso muy á menudo. (Sube).
MARIA. Pero qué intenta usted?
LUP. Chiss! (Llamando adentro por la ventana). Don Eduardo, don Eduardo.
EDUARD. (Asomando por la ventana). Y mi tio?
LUP. Se fué. No perdamos el tiempo.
MARIA. Dios mio, qué gusto!
LUP. (Remedándola). Dios mio, qué gusto! Miren que pronto

se puso contenta! (A Eduardo). Baje usted. (Baja don Lupercio y detrás Eduardo).

MARIA. Querido primo!

LUP. Le entrego á usted su Filis.

EDUARD. Oh! Generoso amigo.

LUP. Sí; acepto ese epiteto: y no crea usted que esto lo hago por aquellos quinientos duros... (Bueno es recordárselo por si acaso).

EDUARD. Suyos son.

LUP. (Al menos no lo pierdo todo).

EDUARD. Y ahora, cómo escaparnos?

LUP. La casualidad nos lo facilitará. Por el pronto ocúltese usted detrás de ese rosal, y...

EDUARD. Que me oculte?

LUP. Justamente. Y si se presenta una ocasion... usted la aprovechará sin demora.

EDUARD. Pero, y si no se presenta?

LUP. Entonces no la aproveche usted. Pero qué diantre! Ya haremos por que se proporcione. Ese ruido!... Es el carruaje que hecho venir hasta aquí. Ocúltese usted pronto. (Eduardo lo hace).

MARIA. Y yo?

LUP. Usted saque su pañuelo y vierta usted un torrente de lágrimas.

MARIA. Pero cómo?

LUP. Pero cómo! A chorros! La cosa no es para menos.

ESCENA XII.

DICHOS.—DON BENITO.

BENITO. Ya está ahí el carruaje. Apresurémonos.

LUP. (Aparte á Maria). Llore usted.

BENITO. Chiss! (Aparte á Lupercio). Está ya domada la leona?

LUP. Casi, casi. Pero todavia muerde.

BENITO. Cómo que muerde?

LUP. Señor, si hablo en sentido figurado.

BENITO. Es verdad, pero... Cosa mas rara! Cualquiera diria que está riendo.

LUP. Eso es nervioso. Ademas, no ha visto usted á muchas gentes, que cuando rien parece que lloran?

BENITO. Y cuando lloran parece que rien?

LUP. Cabal. Amigo, tiene usted una penetracion prodigiosa.

BENITO. Cuando le he dicho á usted que los libros no me han hecho á mí falta para nada en el mundo.

LUP. Claro! como que los libros no sirven de nada... (A los cuadrúpedos como tú).

BENITO. Conque nos vamos?

LUP. (Sorprendido). Eh? Qué es eso de nos vamos?

BENITO. Toma! á Barcelona.

LUP. Pero usted viene tambien?

BENITO. Sí.

LUP. (Adios mi dinero!)

MARIA. (Cielos!)

BENITO. He reflexionado que será muy conveniente que yo les acompañe á ustedes, por aquello de el qué dirán, y ya me he provisto de mi correspondiente hongo...

LUP. (Está bonito! Parece un paraguas!) Hombre, me gusta ese sombrero. Mas... cómo va usted á abandonar la quinta? Y el preso?

BENITO. El preso? Se queda preso.

LUP. Ya! Pero si se escapa volará en nuestro seguimiento, y todo se lo lleva la trampa.

BENITO. Como no se escapará!

LUP. Como eso no lo sabe usted! Sin ir más lejos. Hace poco daba unos golpes á la puerta...

BENITO. Sí? Espere usted: voy á amonestarle para que permanezca tranquilo y... (Se acerca á la puerta del pabellon). Eduardo! chico! Eduardo!

LUP. (Sí: á la otra puerta!)

BENITO. Eduardo! No me responde!

LUP. Mire usted por el ojo de la cerradura.

BENITO. Ya miro, pero no veo nada.

LUP. (Aparte y rápidamente á Eduardo que se vá por el fondo con su prima, y haciendo señas antes á Eduardo para que salga de su escondite). Al coche. (Alto). Con que no vé usted nada?

BENITO. (Mirando por la cerradura). Nó.

LUP. Pues aplique usted bien el ojo, que no falta que ver.

BENITO. Sí? Qué me cuenta usted, hombre? (Mirando con mas ahinco).

LUP. Anda! Desójate, mientras yo parto á casar á los chicos. (Se aleja por el fondo vivamente).

BENITO. Eh! Decia usted algo? (Sin dejar de mirar y solo). Don Luper... Calle! No está! Ni María tampoco. (Vá hácia el fondo). Se meten en el coche. Eh! (Gritando). Que yo quiero acompañarle. Don Lupercio! Don Lupercio! (Ruido de coche). Y se vá! Jé! Domingo. Para! Para! (Corre hácia el fondo y desaparece gritando).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala que dá á los jardines en la misma quinta. Puertas laterales. Una ventana á la izquierda del público, mesa, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

MARIA.—Despues DON BENITO.—Al levantarse el telon MARIA hace labor junto á la mesa.

MARIA. Ausente hace quince días! Y sin saber cuando volverá! Qué fastidio! Si acabará de una vez este violento estado? Jesus! Cualquier cosa es preferible á tener que ocultar un secreto semejante.

BENITO. Dios te guarde.

MARIA. Buenos dias, tio.

BENITO. Estás sola?

MARIA. Ya lo vé usted.

BENITO. Por donde anda don Lupercio tu marido?

MARIA. No lo sé. Sin duda está paseando en el jardin.

BENITO. (Cosa mas rara! nunca los veo juntos). Muchacha, tú debes de tener un genio muy arisco.

MARIA. Yo? Por qué me dice usted eso?

BENITO. Porque no parece sino que tu marido huye de tí como del diablo.

MARIA. Con efecto. Está intratable!

BENITO. El! Un filósofo? (Qué demonio! Y yo que creí que hablaria por los codos)...

MARIA. Dígame usted, tio. Ha recibido usted carta de Eduardo?

BENITO. (Ya apareció aquello! Siempre ese nombre en sus lábios!)

MARIA. La ha recibido usted?

BENITO. Sí.

MARIA. Y volverá pronto?
BENITO. Hoy mismo.
MARIA. (Levantándose vivamente). Hoy?
BENITO. Chica, chica! qué arranque es ese?
MARIA. (Repriméndose). Ninguno, tio.
BENITO. Bien. Lo contrario me disgustaria sobremanera... Y es mas. Me pondria furioso! Estamos? Aquel tiempo pasó! Si hace quince dias te hacian gracia las cucamonas de mi sobrino, hoy eres mujer de don Lupercio...
MARIA. Bien á mi pesar.
BENITO. Chito. Hoy eres mujer de don Lupercio, y solo á él...
MARIA. Sí; como es tan galan, tan amable...
BENITO. Es marido.
MARIA. Pero marido feo.
BENITO. Eso es cuenta suya.
MARIA. Y mia, si señor, y mia.
BENITO. Cómo tuya? (En efecto, es suya tambien). Por último, Ya sabes lo que tu deber te impone.
MARIA. Cree usted que seria yo capaz de olvidar lo que cumple á mi deber, querido tio?
BENITO. No. Y por eso he permitido que hoy dia de mi cumpleaños, venga de Barcelona Eduardo á comer con nosotros. Quiero celebrar esta solemnidad con toda pompa; tendré un centenar de convidados, y no seria justo que mi sobrino faltase.
MARIA. Eso mismo digo yo.
BENITO. Además, le escribí para que se trajera consigo de Barcelona alguna cosa que nos recreara, que nos embelleciera la fiesta. Pues. Así... como los monos sábios ó unos danzarines de cuerda... pero sabes tú lo que trae?
MARIA. Qué?
BENITO. Una cantante.
MARIA. Una mujer?
BENITO. (Cualquiera diria que le dan celos). Si. Una mujer, una artista, una garganta que sube mucho, y baja mucho como la marea, y que hace mas gorgoritos que un ruiseñor. Qué tal? Cuando yo sorprenda la reunion con un ária, ó un...
MARIA. Usted con un ária?
BENITO. Sí. Un ária que cantará la artista. (Haciendo una escala á su modo). hiii... Eh! No te parece ya estarla oyendo?
MARIA. Si ha intentado usted darme con esas notas una muestra, desde luego me parece detestable.
BENITO. Cá! Si esto lo he hecho así, improvisado por el entusiasmo. Ya verás... Ya verás... Pronto los tendremos aquí. Por supuesto que Eduardo se vuelve otra vez á Barcelona.
MARIA. Otra vez? Y por qué?

BENITO. Porque... porque te ve á tí... lo ves tú á él... y hoy te hace una mueca, y mañana te guiña un ojo y el otro te coje una mano... y en fin, porque es un libertino, que en vez de respetar á la mujer de su preceptor, te sigue por los rincones, y te pinta su amorosa llama.

MARIA. Está usted engañado.

BENITO. De veras eh? Como que te se figura á tí que se ha escapado eso á mi buen instinto.

MARIA. Cuando digo que no hay tal cosa...

BENITO. Y yo repito que te pinta su llama!

MARIA. Pero...

BENITO. (Interrumpiéndola gritando). Que te la pinta.

MARIA. No se incomode usted.

BENITO. Y tú en vez de indignarte, en vez de atravesarte el pecho como la romana Lucrecia, lo cual sea dicho de paso, obtendria mi aprobacion...

MARIA. Pues me gusta!

BENITO. Le miras á hurtadillas y coqueteas con él.

MARIA. Si llama usted coquetear á la franqueza admitida entre primos...

BENITO. Entre primos!... los primos son la plaga del hogar doméstico. Y yo que te he unido á don Lupercio debo velar. Justo. Debo velar.

MARIA. Puedo jurarlo... querido tio...

BENITO. Así pues, Eduardo permanecerá en Barcelona hasta que lo hayas olvidado completamente, y hasta que el himeneo lo aprisione á su vez en su cadena de flores.

MARIA. Cómo! Quiere usted por ventura casar á Eduardo?

BENITO. Has puesto el dedo en la llaga.

MARIA. (Vamos: esto no se puede sufrir!)

BENITO. Eduardo es la esperanza de mi raza, y tú tienes la culpa de que haya rehusado hasta ahora cuantos partidos le he propuesto. Pero cuenta no me irrite hasta el punto de... Chiss! Ha parado un carruaje á la puerta!

MARIA. Con efecto. (Don Benito se asoma á la ventana).

BENITO. Es él! Y da la mano á una señora. Sin duda la ilustre garganta.

MARIA. Y es bonita esa señora?

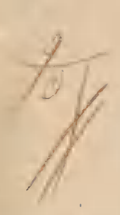
BENITO. Soberbia.

MARIA. (Aparte). Oh!

BENITO. Magnífica! parece una princhipesa napolitana. Ea! preparémonos á recibirla dignamente. Ella que está acostumbrada á los mas elegantes salones... Cuidado que no te se escape alguna palabra inconveniente.

MARIA. A mí?

BENITO. Chiss. Ya viene. (Estirándose). Egem! Salgamos á su encuentro.



ESCENA II.

DICHOS.—EDUARDO.—CLARA, y un criado que trae una maleta y dos cajas de carton, y que atraviesa con ellas la escena, entrando en la puerta primera derecha.

EDUARD. Querido tio! Maria! Presento á ustedes á la señora Sofía Clarini prima donna... (Maria y Clara saludan friamente: don Benito hace una gran cortesía).

BENITO. Mucho me felicito de tener el honor de... yo me alegro mucho de que se me presente la ocasion... celebro en el alma tener el gusto de... (Eduardo hace señas á Clara, con quien habla aparte).

CLARA. Caballero...

BENITO. Bella prima donna, siento en dia tan solemne no tener un palacio en vez de esta quinta para...

CLARA. No hay por qué sentirlo. Esta quinta es muy buena, los alrededores deliciosos...

BENITO. Entonces siento no tener un teatro para ofrecer... (Viendo á los jóvenes hablar). Chiss! Niños! (Continuando su discurso). para ofrecer á ustedes un... (A los jóvenes que se separan y vuelven á hablar). No oyen ustedes! Para dedicarle las... (De pronto). Sabe usted cantar el Marinerito?

CLARA. Yo?

EDUARD. Qué dice usted, tio? Pues no recuerda usted mala antigualla!

BENITO. Hombre! pues si eso es de ayer mañana como quien dice.
(Canta).
El marinerito y el soldado
con desazon suelen estar...

CLARA. Uf! Qué desafinacion!

EDUARD. Basta tio, basta.

BENITO. Lo hago mal, eh?

CLARA. No por cierto.

BENITO. Señora, usted es muy galante, y por lo mismo le ruego que disimule este exabrupto filarmónico con que he profanado sus oidos. Digo, y usted cuyo mérito, y cuya escelente voz.

CLARA. Mil gracias, pero mi mérito es tan escaso...

BENITO. Escaso? Imposible! La señora Clarini... la señora Clarini debe ser un clarin. Usted es un clarin, no me queda duda.

CLARA. Repito... (Qué hombre tan posma!)

BENITO. Y yo tambien repito que le agradezco en estremo su venida.

CLARA. No hay de qué. Esta semana estoy libre y... por otra parte, don Eduardo tiene una manera de pedir los favores, que no hay medio...
MARIA. (Irónicamente y aparte). Hola!
BENITO. Con efecto. Cuando él emplea todo su ingenio en... Ahí donde usted le vé es la esperanza de mi raza.
CLARA. Doy á usted la enhorabuena.
BENITO. Y yo la acepto. Usted es italiana, señora?
CLARA. Segun.
BENITO. Cómo! ha nacido usted al mismo tiempo en otro pais?
CLARA. Jesus, qué atrocidad!
BENITO. (A Eduardo y María que hablan bajo). Eh? Niños!
CLARA. He querido decir que paso por italiana en España, porque... ya sabe usted: una cantante cuyo nombre no acaba en ini...
BENITO. No puede cantar bien.
CLARA. Al menos se la juzga entre nosotros con mas severidad ó con mucho desden.
BENITO. Luego es usted española?
CLARA. De Almendralejo.
BENITO. (Haciendo una cortesia grotesca). Por muchos años. Ya me parecia á mí que esos bellos ojos y esa boca preciosa y...
CLARA. Tanta lisonja... Veo que es una cualidad de familia, porque tambien don Eduardo...
MARIA. La requiebra á usted?
CLARA. Sin cesar.
MARIA. (Aparte á Eduardo). Ah pérfido!
BENITO. Pues me alegro! (A ver si de este modo olvida á su prima). Y... qué haria yo en este momento para complacer á usted, bella artista?
CLARA. Francamente, desearia descansar un poco, y si tuviese usted la bondad...
BENITO. Mi bondad espera sus órdenes.
CLARA. De que me guiaran al aposento que me hubiese usted destinado...
BENITO. Cómo qué? Yo mismo la guiaré á usted con muchísimo gusto!
CLARA. Tanto honor... Señor don Eduardo... hasta luego.
EDUARD. Señora. .
BENITO. (Juraria que se han echado una ojeadita... Bravo!)
MARIA. (Bajo á Eduardo). Tengo que hablarte!
EDUARD. (Idem á María). Y yo á tí. En el jardin nos veremos.
BENITO. (Presentándole su brazo á Clara, ella le coje). Mariquita, síguenos; te necesito. (Bueno es no dejarlos juntos, no haga el diablo...)
MARIA. (Qué suplicio!) (Lo sigue: vánse los tres).

ESCENA III.

EDUARDO.—DON LUPERCIO.

EDUARD. Esto es insoportable! Verse uno al lado de su mujer despues de quince dias de ausencia y no poder hablarla con libertad. Oh! es preciso que tenga con ella una entrevista. Volemos al jardin... (Hace que se vá).

LUP. (Saliendo por la izquierda). Eh! don Eduardo!... don Eduardo!... Vengan esos cinco! Voto vá! Acabo de saber qùe habia usted llegado... y vengo jadeando...

EDUARD. Mil gracias, don Lupercio. Y qué hay de nuevo? Cuénteme usted. Se ha fastidiado mucho María durante mi ausencia?

LUP. Todos nos hemos fastidiado! Pero yo más que nadie. Figúrese usted que don Benito me acusa de despegado con mi mujer... es decir... con su mujer de usted. Dice que soy frio, pazguato!... Ya se vé! No conoce mi temperamento!... Y por otra parte ignora que esa mujer no es la mia! Ay! pues si lo fuera, si lo fuera!..

EDUARD. Cómo es eso!

LUP. Nada. Si lo digo en el caso de que lo fuera. Y dónde está?

EDUARD. Mi tio la ha obligado á seguirle.

LUP. Sin duda por interés hácia mí. Es un buen hombre.

EDUARD. Pero afortunadamente no he venido solo: traigo conmigo una cantante. Madama Clarini...

LUP. Clarini? Calle! Ese nombre... Es italiana?

EDUARD. Poco ménos: y en tanto mi tio se ocupa en obsequiarla.

LUP. Usted podrá libremente charlar con mi mujer... digo con su mujer de usted?

EDUARD. Cabal.

LUP. Qué discípulo he sacado! Y... qué tal la extranjera? Es bonita?

EDUARD. Muy graciosa, sobre todo.

LUP. Una idea. Creo que la sana politica aconseja que le haga usted la córte, á fin de alejar toda sospecha..

EDUARD. Si he?

LUP. Suponiendo que eso no le cueste á usted gran repugnancia

EDUARD. Cá! Figúrese usted que ya habia yo empezado á hacer eso mismo en Barcelona.

LUP. Ah! Pues entonces continúe usted, continúe usted. Las buenas obras no deben dejarse incompletas. Amigo, eso es lo que se llama prevision!

EDUARD. Y sin vanagloria... me lisonjeo... Usted no encuentra reprensible...

LUP. Yo! Pues para qué es la tolerancia, señor? Sobre este punto siempre he tenido ideas muy avanzadas.

EDUARD. Además, esto no me priva de querer entrañablemente á María.

LUP. Por supuesto! Se toma como estudio preliminar... y así se ensaya uno para ser galante con su mujer.

EDUARD. Pero... la pobre María... no, no: ni aun en la apariencia quiero faltarle... Oh! cuando pienso en lo triste de mi situacion...

LUP. Pues y la mia? Llamarse esposo de una jóven tan bella y... yo me siento malo, señor don Eduardo. Esto vá á acabar conmigo, y solo el entrañable afecto que á usted profeso me...

EDUARD. Lo sé, lo sé, querido don Lupercio, y no lo he olvidado. Sin ir mas lejos...

LUP. Usted pensaba en mí?

EDUARD. (Dándole una cajita). Hé aquí la prueba.

EDUARD. Eh? Y qué es ello?

EDUARD. Una sortija, un brillante. No lo rehuse usted.

LUP. Quite, quite; yo no puedo, no debo admitir...

EDUARD. Se lo ruego.

LUP. Eso es otra cosa. Si usted me lo ruega...

EDUARD. Es un recuerdo.

LUP. (Tomándola y poniéndosela en el dedo, que se mira despues con frecuencia). Entonces venga. Lo hubiera rehusado como recuerdo, pero lo acepto como brillante. Nó, al contrario... lo hubiera... es decir...

EDUARD. Mi tio.

LUP. Punto final.

ESCENA IV.

DICHOS.—DON BENITO.

BENITO. Te buscaba, Eduardo.

EDUARD. Qué quiere usted, querido tio?

BENITO. Acabo de mandar que enganchen el tilburí... Una idea que se me ha ocurrido y que sin duda es muy feliz.

EDUARD. Veamos.

BENITO. En tanto se dispone la comida, vete á dar un paseo con la señora Clarini.

EDUARD. En tilburí?

BENITO. No son ustedes mas que los dos. Es por ventura incómodo? Tendré sumo gusto en que esa artista admire las sinuosidades de mi pequeño parque.

EDUARD. Enhorabuena, tio.
BENITO. Es una mujer hechicera! Una criatura capaz de... Ay! Como yo tuviese veinticinco años...
EDUARD. (Serias tan esperpento como ahora).
BENITO. Conque... no te detengas. Enséñale bien todas las sinuosidades...
EDUARD. Sí. Ya lo he oido. Voy á arreglarme un poco y al momento vuelvo por ella.
BENITO Pero no tardes.
EDUARD. (Aparte yéndose). Busquemos á mi mujer.

ESCENA V.

BENITO.—DON LUPERCIO.

BENITO. Usted no ha visto á la prima donna?
LUP. No. Aun no he tenido el placer...
BENITO. Es un gran bocado!
LUP. Eso me importa poco; ni usted ni yo hemos de comerlo, conque...
BENITO. Hombre, qué salidas!
LUP. Qué entradas, digo yo. A qué viene usted ahora ponderando bellezas á un hombre casado? Eso es tentar al demonio, señor don Benito; y yo tengo conciencia.
BENITO. Uy, qué discurso tan necio! Quién piensa en?... Doblemos la hoja.
LUP. No: rasguémosla.
BENITO. Sea: Pero deje usted que le manifieste que la llegada de esa mujer me colma de alegria.
LUP. Si?
BENITO. Sí. A mi sobrino segun he observado no le parece costal de paja, y esto le distraerá de su... he?
LUP. Ay! (Sigamos la farsa!)
BENITO. Qué?
LUP. Señor don Benito, mi posicion es horrorosa.
BENITO. En qué sentido?
LUP. En todos.
BENITO. Cómo! Tendria usted celos quizá?
LUP. Mas que Otelo.
BENITO. Otelo? El perro del guarda?
LUP. Hombre! hombre!
BENITO. Toma! Y qué Otelo es ese?
LUP. Si todo el mundo lo conoce.
BENITO. Pues yo no. Estoy obligado á ello por ventura?
LUP. Corriente.
BENITO. Quién es ese señor?

LUP. Es... nadie. No quiero perder el tiempo. Mas lo cierto es, señor don Benito, que tengo aquí, aquí dentro una chimenea, un horno de tahona... un caldero de agua hirviendo!

BENITO. Vamos, serénese usted. A veces se forja uno quimeras...

LUP. Quimeras! Si se aman! Si se quieren como Pablo y Virginia! Y estos sabe usted quiénes son?

BENITO. Unos que andaban con el negro Domingo?

LUP. Justo, con el negro Domingo.

BENITO. Pero por donde supone usted que mi sobrino?...

LUP. Si me lo ha dicho él mismo aquí, hace un momento...

BENITO. Habrá insolente!

LUP. De modo que aborrecido por mi esposa, vendido por mi discípulo, voy á ser...

BENIT. No lo será.

LUP. El qué?

BENITO. Eso: desgraciado: no lo iba usted á decir?

LUP. Precisamente esa palabra... pero lo mismo dá.

BENITO. Usted se acalora, usted vé visiones.

LUP. Yo no veo mas que á usted, señor don Benito: á usted porque está delante de mi; pero lo que yo sostengo...

BENITO. Vaya! vaya!... Déjese usted de tonterías.

LUP. Soy muy infeliz!

BENITO. Calle! No aceptó usted libremente esta boda? No aceptó usted por ello mil duros?

LUP. Sí, pero he sido muy barato! (Afligido). Si yo lo hubiese previsto...

BENITO. Ea, tranquilícese usted. (Quitándose una sortija). Tome usted entretanto esta sortija.

LUP. Otra.

BENITO. Cómo otra?

LUP. Es decir, otra humillacion!

BENITO. Nó, hombre. Es un recuerdo, una perla...

LUP. (Tomándola y haciendo lo mismo que con la otra). Usted me convence. Lo hubiera rehusado como recuerdo, pero la acepto como per .. digo como recuer..,

BENITO. Bien, bien. Basta de cumplimientos. Ahora me toca á mí quejarme.

LUP. Quejarse?

BENITO. Si señor. De usted. Veo que no tiene para con su esposa aquellas atenciones, aquel yo no se qué...

LUP. Pues si usted no lo sabe, yo tampoco.

BENITO. Es decir, aquel deseo de tenerla contenta y... si parece hasta que huye usted de ella.

LUP. Ya! Porque ella huye de mí.

BENITO. Razon de mas para ser cariñoso, afable...

LUP. No. Si á mi mujer la vá mejor así. Créalo usted.

CLARA. Si señor, sí: ante el cura y el notario. Y semejante pregunta...

BENITO. Perdone usted, pero...

CLARA. Qué se habia figurado usted, señor mio?

BENITO. Nada, señora.

CLARA. Casada y muy casada: por señas que mi matrimonio ha sido bien original. Mi marido por un lado, yo por otro...

BENITO. Ya! Están ustedes divorciados.

CLARA. Caballero, qué concepto tiene usted de mí?

BENITO. (Pues cada vez la yerro mas).

CLARA. Nuestra separacion fué decidida en sana paz, sin mengua de nuestro mútuo afecto: y pronto espero volver á... en el entretanto, viajo, canto...

BENITO. Pues! para ir sobrellevando el pesar de la ausencia!

CLARA. El tambien corre el mundo por otro lado...

BENITO. Vamos, celebro una union tan compacta y tan... yo creí otra cosa... y siento haberla disgustado; tanto mas, cuanto que al hablar de mi sobrino solo iba á rogarle á usted lo tratase con un poco de coqueteria.

CLARA. Es posible! Ya eso me parece mas fácil.

BENITO. Y yo se lo agradeceré eternamente, porque de ello depende... Usted conoce á su prima?

CLARA. Sí. Es una joven muy interesante.

BENITO. Pues Eduardo está perdidamente enamorado de ella.

CLARA. Cáselos usted.

BENITO. Si ya está casada con otro.

CLARA. Entonces no veo camino.

BENITO. Y como esa boda se ha hecho bajo mis auspicios, ya ve usted yo sentiria en el alma que al pobre don Lupercio le cayese algun chubasco.

CLARA. Don Lupercio?

BENITO. Sí. Este es el nombre del marido... preceptor ademas de Eduardo y... escelente cabeza, gran cabeza! Cuando yo lo alabo...

CLARA. Ese don Lupercio... Qué apellido tiene?

BENITO. Bombarda.

CLARA. (Cielos!)

BENITO. Le conoce usted?

CLARA. Traté intimamente en un tiempo á un sujeto llamado así.

BENITO. Tal vez sea el mismo.

CLARA. Lo dudo... y á no verlo, no aseguraria que pudiera...

BENITO. Aguarde usted: aun debe estar en el jardin. Hace poco que bajó. Sí. Mírele usted entre su mujer y su discípulo.

CLARA. (Dios mio, es él!) Pero está usted seguro de que se ha casado?

BENITO. No digo á usted que ha sido bajo mis auspicios... Yo he aprontado el dote de la novia!

CLARA. (Ah infame! Le he de hacer ahorcar).

BENITO. Con que... es el mismo que usted conoce?

CLARA. Nó, nó: ya decia yo bien... (Estoy furiosa!)

BENITO. Ahí donde usted le vé, el pobre no es dichoso en su estado.

CLARA. (Mónstruo! Dios castiga sin palo ni piedra).

BENITO. Su amor es un paraiso terrenal, en que mi sobrino hace el papel de la serpiente. Una catástrofe está abocada y hé ahí por qué si usted se presta á mis miras puede, con solo enamorar aparentemente á mi sobrino, desviarlo de esa pasion y...

CLARA. Comprendo. Se trata de una intriga inocente! Sí, sí, cuente usted conmigo. No sabe usted el gusto con que voy á desplegar todos mis recursos! Don Eduardo sucumbirá! si: quiero, es preciso que me ame, que lo demuestre á los ojos de todos! (Oh! Cuán dulce será mi venganza!)

BENITO. Aquí le tenemos.

ESCENA VII.

DICHOS.—EDUARDO.

EDUARD. Señora, supongo que mi tio habrá anunciado á usted que trataba de invitarla...

CLARA. A dar un paseo en tilburí? Con efecto. Acaba de participármelo y acepto sumamente complacida... por mas que el ir en tilburí sea algo arriesgado.

EDUARD. Por qué? Yo sé contener perfectamente á los caballos por fogosos que sean...

CLARA. Pero no se contendrán de igual modo las murmuraciones de los convidados! Dios sabe lo que dirán al vernos pasear juntos!

EDUARD. No será nada que me pese por cierto, ni que menoscabe la reputacion de usted.

BENITO. Oye, te prevengo que á esta señora le gusta pasear muy deprisa.

EDUARD. Es decir, que no teme el peligro.

CLARA. Eso depende de las personas con quienes participo de él. Con usted por ejemplo...

EDUARD. Ah! me envanece tal confianza. (Parece que busca adrede las palabras mas lisonjeras)...

BENITO. (Ya se enmaraña la cosa! Magnífico).

ESCENA VIII.

DICHOS.—DON LUPERCIO.—MARIA.

BENITO. Hola! don Lupercio! Venga usted! Venga usted, que quiero presentarle á nuestra ilustre prima donna!

LUP. Con muchísimo gusto! Tendré en ello una... dónde está?

CLARA. Por aquí, caballero, por aquí.

LUP. (Uf! San Braulio! Clara! Clarini! mi mujer!)

BENITO. Don Lupercio Bombarda, profesor...

LUP. Estoy á los piés ..

BENITO. Y académico...

LUP. Me es muy satisfactorio... siento una verdadera... yo... (Caramba! Y qué guapa se ha puesto).

EDUARD. Y además esposo de mi prima!

LUP. (Me perdió).

CLARA. Felicito á este caballero por eleccion tan acertada.

LUP. Señora... usted me confunde, y me... (Quisiera estar en el Cáucaso).

CLARA. Ahora, señor don Eduardo, estoy pronta, y cuando usted guste...

EDUARD. (Ofreciéndole la mano). En seguida.

LUP. Eh? Á dónde ván ustedes?

BENITO. A dar un paseo en el tilburi.

MARIA. Cómo!

LUP. Los dos solos?

BENITO. Claro! Un tilburi es un ómnibus por ventura?

EDUARD. No daremos mas que una vuelta por el parque.

BENITO. (Ap. á don Lupercio). No entiende usted?

LUP. (Sí, demasiado que lo entiendo).

CLARA. Tendria acaso don Lupercio algo que oponer?

LUP. Yo? Señora... Y con qué derecho? Nada de eso! Paseen ustedes cuanto quieran... Solamente que... No lo digo por el paseo; pero... las gentes...

MARIA. Ya se vé; pueden murmurar. .

LUP. Eso.

BENITO. Aquí no se la pide á usted su opinion, niña.

MARIA. (Oh! esto ya es demasiado).

LUP. (Vívora! descocada!) Conociendo que no me... (Eduardo se acerca á él, Lupercio muestra de pronto su sonrisa y repite con amabilidad)... Conociendo que no me ocurre objecion alguna de importancia, creo que...

CLARA. Sí, sí, Ya lo presumia yo.

BENITO. Por su puesto.

EDUARD. (A Clara). Señora... (A los demas). Hasta luego. (Se va con Clara).

ESCENA IX.

DON BENITO.—DON LUPERCIO.—MARIA.

LUP. Si yo pudiese subirme en la trasera del tilburi... no: puedo caerme de cabeza! Tengamos sangre fria!

BENITO. (Bajando de la puerta del foro). Eh! Ya se han ido. Esto marcha, amigo mio! esto marcha!

LUP. Si he? Pues me alegro; (lo mismo que si me empalaran).

BENITO. Ya se entienden perfectamente los dos, y...

MARIA. Cómo que se entienden? Eso es horrible!

LUP. (Esta rompe el fuego!) Si señor, eso es negro! Tenebroso! Criminal!

BENITO. Calle! Usted tambien? Con que cuando lo hago yo por...

LUP. Favorecer un trapicheo semejante usted, un hombre de razon... un hombre de cabeza! Ahora veo que no la tiene usted.

BENITO. Cómo qué?

LUP. Lo dicho: eso no es cabeza, eso es un botijo sin pitorro...

BENITO. Se le ha vuelto el juicio?

MARIA. Además, mi primo...

BENITO. Cálle usted la boca. Pero don Lupercio! No aprobaba usted hace poco...

LUP. Porque yo no sabia la... porque yo ignoraba el... Oh! si yo hubiese adivinado lo... Y aun no se confunde usted al oir estas razones?

BENITO. Cuáles?

LUP. Estas.

MARIA. Si señor. Son claras como el dia.

BENITO. Pues yo no las veo. Además cómo te atreves tú á expresarte de ese modo? á agravar las penas que has causado á este buen don Lupercio.

LUP. Eso no me importa un pepino.

BENITO. Qué oigo? Pues bien se quejaba usted esta mañana.

LUP. Pero no me he quejado esta tarde. Y sobre todo. Esa no es razon para arrojar, digámoslo asi, á la cabeza de una prima donna una china del tamaño de su sobrino de usted.

BENITO. Pero torpe, si es en interés de usted esta intriga. Aun no cae usted en ello?

LUP. Sí. Pues porque he caido me duele el golpe.

BENITO. Esa mujer es muy astuta, se apoderará del corazon de Eduardo.

MARIA. Lo veremos! Eso si que no lo sufriré yo.
BENITO. No oye usted esto?
LUP. Sí. Y qué?
BENITO. No brinca usted de ira?
LUP. No. Y qué?
BENITO. Cómo! Y qué?
LUP. Y qué? Y qué?
BENITO. Y la escucha con esa tranquilidad?
MARIA. Tengo derechos que haré valer.
BENITO. Hombre: usted es de piedra? Y tú te atreves á decir tales palabras delante de tu esposo?
LUP. Y á mi qué se me dá?
BENITO. Que no se le dá?
LUP. Ademas, ella tiene razon.
BENITO. Jesus! Jesus!
LUP. En el fondo, quiero decir. En el fondo. Ahí está el busilis.
BENITO. Con que aprueba usted su lenguaje?
LUP. Si señor: porque es innoble que un discípulo á quien yo he guiado por la senda de la virtud, un corderillo que amamantó la mas severa doctrina, se vea descarriado del redil, y se vaya á la busma por usted, por usted que es su tio, por usted cuya crasa ignorancia... Crasa! Crasa ignorancia! No retiro el vocablo!
BENITO. Pero animal! Si lo he hecho por librarte de...
LUP. Pues á mí me gusta, ea! á mí me conviene!
BENITO. Con que te conviene?
LUP. Quién le mete á usted en mis asuntos?
BENITO. Calla! Calla! eres un ser despreciable!
LUP. Y usted un papamoscas!
MARIA. Tio; por Dios!
BENITO. Quítate de mi vista, lagartija! Quítate tú tambien! Os detesto!
LUP. Mejor.
BENITO. (Mas fuerte). Os maldigo!
LUP. (Idem). Mejor.
BENITO. Y os abomino, y os ódio y os execro! (Se vá).
LUP. Pues mejor y mejor, y retemejor... (Dando paseos). Ya lo vé usted. Ahora no falta mas que nos ponga en la calle! Y nos pondrá el muy bárbaro no lo dude usted.
MARIA. No importa, don Lupercio! Nada me hará olvidar el noble valor que ha desplegado usted para defender mis intereses.
LUP. (Alterado). Como que son los mios.
MARIA. (Impaciente). Gracias, mil gracias.
LUP. No hay de qué; repito que son los mios, los mios propios.
MARIA. Ah! cuánto le agradezco...

LUP. (Furioso). Dale! No le he dicho ya que son los mios!
MARIA. (Asustada). Ay!
LUP. Sí. Mi posicion es mas lúgubre, mas espantosa que la de usted, pero mucho mas.
MARIA. Imposible. Sabe usted lo que yo estoy sufriendo?
LUP. (Llevándose la mano al cuello). Y usted sabe lo que yo tengo aquí atragantado?
MARIA. Usted?
LUP. Si; una espina... digo mal, una lanza que no puedo arrancarme sin...
MARIA. Espliquese usted.
LUP. Y los otros no vuelven. Ese maldito tilburí anda mas despacio que una carreta.
MARIA. Se habrán detenido en el parque?
LUP. Detenido? Dónde? En qué sitio?
MARIA. Tal vez le esté Eduardo enseñando á esa estranjera la gruta del jardin.
LUP. La gruta! Esto solo faltaba. (Y ella que delira por lo silvestre).
MARIA. Oh! Ya falta la paciencia; ya es preciso adoptar una resolucion.
LUP. Al punto. Corramos á buscarlos, corramos á... (Viendo aparecer á Clara). Ella!
CLARA. (Estaban juntos!)
LUP. (Tengo la sangre en la punta de los cabellos!)
MARIA. (Valor! Yo voy á confesárselo todo á mi tio!) (Váse).

ESCENA X.

DON LUPERCIO.—CLARA.

LUP. Supongo que ya usted me comprenderá, *signora Clarini*, eh? (Despues de una pausa). Que usted me comprenderá.
CLARA. Qué? (Echándole el lente). Quién es usted, caballero?
LUP. Un tigre, una pantera capaz de devorar en este momento á medio mundo... ham, ham, hum! con los dientes y las uñas.
CLARA. Ja! Ja! qué sandez!
LUP. Señora... no se ria usted. Esto es trágico.
CLARA. Cómo? No entiendo. No es usted el señor don Lupercio?
LUP. Yo soy, yo! Yo! Ya sabe usted quien soy yo.
CLARA. Mire usted que su esposa acaba de irse allá dentro. Por qué no la sigue usted?
LUP. Clara... Dejémonos de pullas. Mira que suelto el mirlo.

CLARA. Infame! Sabes que puedo hacerte ahorcar?

LUP. No toquemos esa cuerda.

CLARA. Tal fué sin embargo mi primera intencion: pero yo me vengaré de otra suerte.

LUP. Vengarte? Mira lo que dices!

CLARA. Vengarme, sí. ¿Te has dedicado á la bigámia? Yo te haré arrepentirte de ello.

LUP. Mientes! La bigámia no ha entrado nunca en mis ideas! Yo soy un modelo de virtud.

CLARA. Y yo, bribon? Crees que no soy otro modelo?

LUP. Entonces seremos dos.

CLARA. Infiel! Perjuro! En tanto yo he buscado á fuerza de trabajo medios de asegurar nuestro porvenir, tú haciendo el calavera, el desmoralizado!...

LUP. Clara! Echa un nudo á tu lengua! Habla en tono menor.

CLARA. Hola! No quieres que me oigan? No quieres que se enteren de los vínculos que nos unen? Corriente. No se enterarán. Voy á partir ahora mismo; á dejarte libre. Ya no soy tu esposa: no te he visto en mi vida.

LUP. Luego quieres emanciparte?

CLARA. Sí.

LUP. Reniegas de tu esposo?

CLARA. Sí. Reniego del esposo que me ha engañado. Me arrepiento de mi credulidad: te abandono.

LUP. No me exasperes, Clara.

CLARA. Te abandono. Me entregaré á las diversiones; gastaré en ellas lo que habia ahorrado para nosotros; y mientras yo arrastraré coche, tú te morirás de hambre.

LUP. De hambre? No. Yo tambien sabré divertirme: tengo dinero; tengo piedras preciosas. Mira; mira cómo brillan, y muérete de envidia. (Mostrando los dedos en que tiene puestas las dos sortijas).

CLARA. Dinero! Brillantes! Ya sé los sinsabores que te cuestan. Sí: ya estoy vengada.

LUP. Que ya estás vengada? Cómo! Esplícate. (Qué será, Dios mio!) Qué venganza es esa?

ESCENA XI.

DICHOS.—DON BENITO.

BENITO. Mi sobrino! Donde está mi sobrino?

LUP. Don Benito!

BENITO. Traicion! Infamia! No ha visto usted á Eduardo?

LUP. Yo no he visto á nadie: la cólera me ha cegado.

BENITO. Y á mí me ahoga!
LUP. Buen provecho.
CLARA. Pues qué sucede?
BENITO. Qué? Que mi sobrino está casado.
LUP. (Adios! ya lo sabe todo!)
BENITO. Pero usted... usted no tiene noticia?
LUP. De qué?
BENITO. De que estaba casado.
LUP. Quién?
BENITO. Él! Eduardo. Lea usted: lea usted estos renglones de letra desconocida. (Le dá un papel).
LUP. Uf! Qué garrapatos.
BENITO. (Furioso). Lea usted.
LUP. (Remedándole). Allá voy, hombre! «Sepa usted, señor don Benito, que su sobrino tiene contraido un matrimonio secreto»...
BENITO. Sin mi permiso!
LUP. (Dejando de leer). Sin nuestro permiso! (Lee). «En cuanto á su esposa»...
BENITO. Oh!
LUP. A él toca decir á usted quién es, cuando lo juzgue conveniente.»
BENITO. Usted no la conoce?
LUP. Yo?... no caigo... (estoy en brasas!)
BENITO. Usted no sabe quién es? Con toda su filosofía no lo acierta?
LUP. Le aseguro...
BENITO. Lo vé usted? Ve usted cómo para nada sirven los libros? Yo con mi instinto lo he adivinado todo; y la mujer de mi sobrino es...
LUP. Quién?
BENITO. (Señalando á Clara). Esa.
LUP. Qué dice usted?
CLARA. (Buena ocasion para vengarme).
BENITO. Esa. Mírela usted bien.
LUP. Baja los ojos! Pero no; no es posible.
BENITO. Que nó? Usted qué sabe? Responda usted señora deme usted cuenta.
CLARA. Yo?
LUP. Don Benito: usted está desorientado.
BENITO. Quien lo está es usted.
LUP. A mí me consta...
CLARA. Pues bien; ya que es preciso declararlo...
LUP. Eh? Cómo?
CLARA. Diré que hace dos meses, y vencida por los ruegos y las lágrimas de su sobrino... le dí mi mano en Barcelona.
LUP. (Cayendo en brazos de don Benito). Ay!
BENITO. (Sosteniéndole). Bruto! Que me vá usted á estrellar!

LUP. Ay! Y ahora caigo por qué me decia que estaba vengada! Pero mujer inícua! Tú! Digo: usted, osa? (De pronto á don Benito). Donde tiene usted su baston?

CLARA. Cómo se entiende? A ver; que llamen á mi esposo.

LUP. A cuál?

BENITO. A su esposo.

LUP. A cuál de los dos, infame?

BENITO. Calle! Tiene otro por ventura?

LUP. Sí, sí.

CLARA. No señor; mi primer marido se ha muerto.

LUP. Mentira! Yo le conozco, es un caballero muy guapo, un...

BENITO. Esto solo faltaba!

CLARA. Yo crei que habia muerto: me lo aseguraron al menos. Y en fin: es cierta la noticia.

LUP. Abrete, tierra!

BENITO. Casada dos veces!

LUP. Que sepamos.

CLARA. Insolente!

BENITO. Un caso de bigámia!

CLARA. No señor: dos. Don Lupercio tiene tambien dos mujeres.

BENITO. Qué escucho?

LUP. No lo crea usted. Eso es... una calumnia.

BENITO. Otro nuevo laberinto!

CLARA. Dos mujeres. Dos mujeres. La primera yo.

BENITO. Cielos! Casado con mi sobrina y con ella!

LUP. Don Benito, don Benito, no rebuzne usted.

BENITO. Y asi ha podido usted engañar á la pobre Maria? Por eso la huye... pero eso no... voy á llamar á la justicia, á mis criados, á...

LUP. Poco á poco. Yo no he engañado á nadie; ya que es preciso decirlo, sepa usted que María es esposa de su sobrino de usted.

BENITO. Ave Maria Purísima!

LUP. Como usted lo oye. Cuando nos fuimos á Barcelona celebraron su boda haciéndole á usted creer que era yo quien...

CLARA. Ya caigo!

BENITO. Justo Dios! Pero Eduardo no es marido de ésta?

CLARA. Si señor.

BENITO. Y esta no es mujer de usted?

CLARA. Si señor.

BENITO. Y usted no es marido de María, y María no es marido de esta señora? Ay! Yo no se por donde va el ovillo! Yo me mareo! Me caigo.

LUP. Goza, mujer infernal! Goza en tu obra!

BENITO. Luego ella no tiene la culpa?

LUP. Si señor. Ella ha aliñado esta ensalada de bodorrios....
BENITO. Y quién le desenreda ahora? Los unos están enganchados con los otros. Este es un nudo gordiano.
LUP. Yo lo cortaré como Alejandro.
CLARA. Si! pero haciéndote morir en un patíbulo.
BENITO. Cómo es eso? Aun se atreve usted á amenazarnos! Usted? Una mujer de tres al cuarto.
CLARA. Qué está usted diciendo hai, viejo estantigüa?
LUP. Clara, cuenta con insultar á mi protector! Mira que aquí vá á ver una catástrofe! ¡Que vá á correr la sangre.
BENITO. Déjela usted; déjela usted, que como yo vaya por el espadin...
LUP. Poco á poco: á pesar de todo, es mi mujer, y yo solo tengo derecho...
CLARA. Espadines á mi? Sabe usted que si se me enciende la sangre?...
LUP. Clara!
BENITO Acércate mónstruo!
LUP. Don Benito?
CLARA. (Le vá á pegar á D. Benito y sacude á D. Lupercio que se interpone). Qué es eso de mónstruo?
LUP. Ay!
BENITO. Ah! Inicua! Toma!
LUP. (Idem). Ay!
CLARA. Favor, socorro! Que me atropellan!
BENITO. Largo! Fuera de mi casa!
LUP. Señor don...
BENITO. Y usted tambien.
LUP. Pero...
BENITO. Hola! Juan, Francisco, Diego!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—EDUARDO.—MARIA.

EDUARD. Qué es esto? Qué alboroto?
BENITO. Ah? vergante! Ven acá, confiesa.
EDUARD. Tio...
BENITO. Te has casado? he?
EDUARD. (A Lupercio). Picaro! Me has descubierto!
LUP. Ay! que yo no he sido.
EDUARD. Pues quién? Responde: quién?
MARIA. Yo.
EDUARD. / BENITO. (A la par). Tú?

LUP. Calle!
BENITO. Con que es verdad?
EDUARD. A qué negarlo entonces? Si señor.
BENITO. Y no te sonrojas haber elegido á...? Pero díme, te has casado además con tu prima.
EDUARD. Lo duda usted aun?
LUP. Ahi lo tiene usted.
BENITO. Y cómo se compone ahora esto?
MARIA. Qué quiere usted decir?.
BENITO. Que ustedes cuatro son... Que Eduardo es el marido de... Vamos: ni yo mismo puedo esplicarlo. Hable usted, señora, hable usted...
LUP. Si; habla, esposa desleal!
EDUARD. Esposa? De quién?
BENITO. Ahi está el busilis! De quién, de ustedes dos? Veamos.
MARIA. Cómo?
EDUARD. Mia? Está usted loco?
LUP. (Mirando á Clara). Eh? pues... Y se sonrie!
BENITO. Calle!
LUP. Ya comprendo. (Clara le alarga la mano). Je! je! je! je!
BENITO. Y se rie el muy estúpido!
LUP. Jé! je! Pues hombre no ha caido usted en... je! je!
EDUARD. Qué significa!...
BENITO. Ah! ya! Con que... (De pronto). Yo no entiendo palabra, ea!
CLARA. Don Benito, el señor y yo somos marido y mujer, sin que nos hayamos nunca casado con otra persona alguna: y su sobrino de usted...
BENITO. Qué oigo! Sería cierto? Este es tu marido?
MARIA. Toma! Si señor.
BENITO. Oh dicha! Este solo, eh?
MARI . Qué dice usted, tio?
LUP. Ay Clara de mis entrañas!... Clara de mis... dame un abrazo.
EDUARD. Con qué son?... Casualidad más rara!...
LUP. Yo tambien tengo ahorros y regalos, y... todo, todo para tí...
CLARA. Lupercio!
LUP. Si. Tu Lupercio! tu...(Al público).

Ya que de esta escapo bien,
antes que caiga el telon,
sinó aplausos, tu perdon
dame, oh público! tambien.

FIN DE LA COMEDIA.

Junta de censura de los Teatros del Reino.—Aprobada menos lo tachado, y devuélvase.—Madrid 19 de Setiembre de 1850.—Rafael Perez Vento.

Nota. La impresion de esta comedia se ha hecho omitiendo lo que la Junta de censura ha tachado en el original, de modo que debe ponerse en escena tal como está impresa.

LUP. Calle!

BENITO. Con que es verdad?

EDUARD. A qué negarlo entonces? Si señor.

BENITO. Y no te sonrojas haber elegido á...? Pero díme, te has casado además con tu prima.

EDUARD. Lo duda usted aun?

LUP. Ahi lo tiene usted.

BENITO. Y cómo se compone ahora esto?

MARIA. Qué quiere usted decir?.

BENITO. Que ustedes cuatro son... Que Eduardo es el marido de... Vamos: ni yo mismo puedo esplicarlo. Hable usted, señora, hable usted...

LUP. Si; habla, esposa desleal!

EDUARD. Esposa? De quién?

BENITO. Ahi está el busilis! De quién, de ustedes dos? Veamos.

MARIA. Cómo?

EDUARD. Mia? Está usted loco?

LUP. (Mirando á Clara). Eh? pues... Y se sonrie!

BENITO. Calle!

LUP. Ya comprendo. (Clara le alarga la mano). Je! je! je! je!

BENITO. Y se rie el muy estúpido!

LUP. Jé! je! Pues hombre no ha caido usted en... je! je!

EDUARD. Qué significa!...

BENITO. Ah! ya! Con que... (De pronto). Yo no entiendo palabra, ea!

CLARA. Don Benito, el señor y yo somos marido y mujer, sin que nos hayamos nunca casado con otra persona alguna: y su sobrino de usted...

BENITO. Qué oigo! Sería cierto? Este es tu marido?

MARIA. Toma! Si señor.

BENITO. Oh dicha! Este solo, eh?

MARI . Qué dice usted, tio?

LUP. Ay Clara de mis entrañas!... Clara de mis... dame un abrazo.

EDUARD. Con qué son?... Casualidad más rara!...

LUP. Yo tambien tengo ahorros y regalos, y... todo, todo para tí...

CLARA. Lupercio!

LUP. Si. Tu Lupercio! tu...(Al público).
Ya que de esta escapo bien,
antes que caiga el telon,
sinó aplausos, tu perdon
dame, oh público! tambien.

FIN DE LA COMEDIA.

Junta de censura de los Teatros del Reino.—Aprobada menos lo tachado, y devuélvase.—Madrid 19 de Setiembre de 1850.—Rafael Perez Vento.

Nota. La impresion de esta comedia se ha hecho omitiendo lo que la Junta de censura ha tachado en el original, de modo que debe ponerse en escena tal como está impresa.